

Teratocracia: el gobierno de los monstruos

Fernando Gil Villa
Universidad de Salamanca
España

Introducción

Parece que asistimos a una nueva forma de gobierno que revoluciona las relaciones sociales: la teratocracia, el gobierno de los monstruos. nueva figura del monstruo político no se refiere simplemente al poderoso cruel, al típico protagonista que representa el papel de malo en la dramaturgia social, sino a un tipo de poder más inquietante que se ejerce al margen de los límites simbólicos que debería garantizar, de tal forma que los actores no saben a qué atenerse.

Desde la perspectiva de la cultura moral, ciertos gobernantes pueden calificarse de monstruos porque encarnan el envilecimiento extremo, la abyección entendida como la falta de reconocimiento de límites. Se supone que una personalidad sana se construye desde la infancia por contraposición con el abismo de lo abyecto. La función del narcisismo clásico es la de ir limpiando nuestro yo de los restos abyectos de la amenaza sempiterna del caos. Pero si nos fijamos en el mito de Narciso y lo reinterpretemos a la luz de las nuevas condiciones culturales, podemos comprender otras posibilidades, otras derivaciones que acaban desquiciando esa función. El espejo, la realidad como referente, el orden simbólico, pueden desaparecer cuando Narciso cae en el charco que refleja su imagen. Ahora bien, esa disolución del yo no tiene por qué suponer su eliminación definitiva sino simplemente su metamorfosis, dando a luz un nuevo ser monstruoso, sin límites, que se disfraza de cualquier cosa porque nada le es incompatible. La autodivinización funcional sustituye al narcisismo estructurante.

1. *Hacia una radicalización de la razón sacrificial*

La teratocracia no es el gobierno sin ley, sino el gobierno del goce sin límite. El goce se vuelve ilimitado, obsceno, salvaje, invasivo, un goce no mediado por la ley del deseo que conlleva siempre el estigma de la falta, el fantasma de la frustración. El deseo pasa inevitablemente por el Otro, mientras que el goce lo ignora. En terreno clínico, Lacan creía que la forclusión, la falta de Ley simbólica, representada en la metáfora del padre, podía conducir a la psicosis. La tiranía arbitraria del deseo ilimitado, representada en la omnipresencia enigmática y devoradora de la madre, dejaría confusos a los hijos que llegan a dudar si su papel en la vida será algo más que servirle de objeto de goce. Ahora bien, lo concluido no desaparecería, sino que regresaría desde lo real de forma traumática, con neologismos y alucinaciones. Curiosamente, ambas cosas son observables en gobernantes como Donald Trump. Los primeros son fruto de la retórica o de la mala sintaxis o pronunciación. Se acompañan de un lenguaje estereotipado e hiriente.

El lenguaje del teratócrata no es simplemente un instrumento defectuoso; funciona simultáneamente como síntoma y como arma. Al degradar el lenguaje público, erosiona el espacio común en el que podrían articularse la crítica, la responsabilidad y los límites. Por otro lado, su frecuente alusión a las teorías de la conspiración puede reflejar rasgos paranoides. También se le han detectado fijaciones obsesivas. Algunos psiquiatras han llegado a hablar de *psicosis compartida* con sus seguidores. La desarticulación de la ley simbólica que implica lateral autocracia no se limita al plano institucional, sino que alcanza también a los dispositivos que sostienen el vínculo entre el líder y la comunidad.

Para comprender mejor la economía subjetiva que alimenta al monstruo político — sin perder de vista los daños sociales (Social Harms) que produce— resulta esclarecedora la crítica a la “razón sacrificial” formulada por Marta Gerez a partir de Freud y Lacan. Se trata de una lógica simbólica enraizada en la deuda originaria, la culpa y el imperativo superyoico que impulsa al sacrificio como mecanismo de expiación y pago interminable. En esta economía, el sujeto no sólo se siente compelido a pagar por sus faltas, sino que convierte el sufrimiento —propio o ajeno— en condición misma del orden. El sacrificio aparece entonces como respuesta estructural a la inconsistencia del Otro: allí donde el Otro no garantiza

sentido ni justicia (S(~~A~~)), la ofrenda sacrificial intenta capturarlo, ya sea por la vía del deseo —como pacto y don— o, más radicalmente, por la vía del goce —como suplicio y fascinación superyoica. En la repetición compulsiva del pago, la culpa muda se transmuta en una economía del goce que erotiza la deuda y transforma la expiación en necesidad.

Ahora bien, la teratocracia introduce un desplazamiento decisivo en esta lógica. Funciona como una forclusión política de la falta al rechazar que el orden simbólico sea constitutivamente incompleto. En la lógica sacrificial tradicional se sacrifica para sostener el orden; en la teratocracia se sacrifica para impedir que exista alteridad respecto del orden encarnado por el líder. No es que el sacrificio deje de hacer existir al Otro, sino que el monstruo político se apropia de su lugar, pretendiendo suturar su tachadura y monopolizar la garantía simbólica. La negociación deviene entonces puro simulacro: quienes disienten no son interlocutores, sino encarnaciones de la falta que debe ser eliminada.

La transformación radicalizada de la lógica sacrificial es favorecida por determinadas condiciones sociales de la última fase de la modernidad entre las que se encuentran la racionalidad instrumental y la despersonalización en las relaciones sociales y que Zigmunt Bauman usó para interpretar el Holocausto. Posteriormente, el neoliberalismo, la secularización y las nuevas tecnologías y formas de comunicación han acentuado tales condiciones, sobre todo al extenderse a la vida privada la mentalidad gerencialista. Cuando el otro deja de aparecer como rostro singular y se convierte en categoría administrativa, amenaza abstracta o expediente burocrático, su eventual eliminación pierde gravedad. En este punto, el sacrificio ya no opera como mediación simbólica destinada a sostener el orden, sino como técnica de neutralización de la alteridad. La víctima no es ofrenda que reconstituye un vínculo, sino obstáculo material cuya supresión reafirma la pretendida completitud del líder como Otro sin falta.

La teratocracia puede pensarse así no sólo como máquina de desimbolización del Otro sino como dispositivo que administra la falta estructural mediante la producción ritualizada de víctimas. El dolor social y el daño estructural se reconfiguran como sacrificios “necesarios” para la supervivencia o purificación de la comunidad, desplazando la pregunta por el deseo hacia la obediencia al goce del Amo. Así, el poder monstruoso no se limita a destruir: exige, organiza y redistribuye el sacrificio como prueba de su consistencia. La soberanía teratocrática se sostiene en esa circularidad perversa: fabrica la deuda que luego reclama saldar,

convierte la angustia en culpa y la culpa en fascinación, legitimando la producción política del monstruo como sacrificador simbólico y real.

El político teratócrata no reconoce la Ley simbólica, la que pone límites al actor social humanizándolo, pero ama la Ley penal, a la que considera como el mínimo ético, un prejuicio anti sociológico sobre el que advertía Simmel que puede tener peligrosas consecuencias. Para él, el mundo es un tablero de juego, mezcla de Monopoly y campo de batalla, donde hay que ganar a toda costa. En la teratocracia, no cuaja la ruptura con la realidad porque en la corte del rey monstruo sus seguidores convierten lo grotesco en adorable. No hay culpa, hay risa triunfal, obscenidad gozosa, crueldad banal. El monstruo político es más un jugador social que un actor social. Para él la vida es un juego que puede abandonar cuando quiera, que permite eludir la responsabilidad.

2. *La desestructuración social como caldo de cultivo*

Lacan llegó a hablar de los Nombres del Padre, en plural, al percatarse, hace sesenta años, del declive de la autoridad paterna. Otras cosas podrían sustituirla. Sin embargo, la crisis era mucho más profunda de lo que creía, afecta a toda figura de autoridad, presente en todos los *ordenamientos*. En la sociedad actual solemos hablar de "carreras": académica, funcional, profesional, política, militar, eclesiástica. Todas ellas se basan en figuras de autoridad específicas, ya sean abstractas o concretas, certificadas con los nombres de "Padres Fundadores", normalmente lejanos y desconocidos, o de mentores con los que se ha podido trabajar. Lo que ha ocurrido en los últimos tiempos es un fuerte proceso de erosión de ambas categorías. La influencia de los clásicos se difumina ante el ataque, primero del posestructuralismo -término que refleja la desestructuralización simbólica del mundo-, y luego de la cultura de la cancelación. No sólo se destierra al Padre y a todas las figuras que pueden funcionar como padres sino también a los contra padres, a los revolucionarios, los cuales siguen perteneciendo a la misma especie. Y es por esta suerte de agujero negro simbólico por donde se cueca ahora una forclusión que se vuelve absoluta en el escenario de los poderosos.

Existe un elemento inmaterial que funciona también como ley simbólica, un *élan vital* un motor que activa el deseo y que ceñido a las bridas del instinto de supervivencia encuentra siempre el camino, aunque a veces lo pierda. Podemos representarnos esa fuerza como un caballo pura sangre. Si quiere trazarse el objetivo de un largo viaje hacia algún sitio, es decir, de una trayectoria vital con objetivos, le servirá de ayuda un carro que regule sus impulsos y lo fije al camino. La sangre del pura sangre puede ser de varios tipos que se traducen en valores culturales distintos. A medida que ha avanzado la modernidad los tipos de sangre o valores diferentes del éxito se han devenido más y más raros. Al tiempo, los carruajes morales se han hecho cada vez más livianos. Siendo su capacidad de freno cada vez menor la posibilidad de que el caballo se desboque aumenta. Un caballo desbocado es un humano cuya salud peligra. De ahí el aumento de la prevalencia de las enfermedades mentales y el suicidio, incluyendo a los más jóvenes.

En esta última fase de la modernidad algunos han intentado vendernos el impulso vital pintando el caballo con el color rosa de la autorrealización. Pero apenas pasábamos de un trote ligero al galope, el sudor del egoísmo y el viento siempre frustrante de la competencia deshacían la capa de pintura revelando el negro azabache de los caballos de Hades. Esto no significa que la autorrealización sea un mito. Significa que bajo ciertas condiciones culturales se puede pervertir degenerando en autodivinización. En ese contexto, la pérdida del valor simbólico de la Ley no lleva necesariamente a la anomia sino la imprevisibilidad de la vida social. El monstruo político es el mejor símbolo del nuevo poder basado en el desequilibrio. El fenómeno puede ser reinterpretado desde una perspectiva sociopsicológica como bastante preocupante. Si la forclusión es un virus, letal o casi, cuando pasa del huésped individual al cuerpo colectivo por vía política su letalidad se convierte literalmente en algo espectacular, para algunos, literalmente, en un espectáculo. Pasen y vean a su monstruo político favorito, el espectáculo está servido. Al fin y al cabo, una de las acepciones de locura que recoge el diccionario es la excitación que conlleva el delirio, es decir, el salirse del surco, del límite. No olviden llevar mascarillas y ataúdes portátiles por si les salpica a ustedes o alguien que está a su lado convirtiéndolos en *daños colaterales*, esos que, como recordaba Zygmunt Bauman, atañen más a los excluidos.

Así pues, tenemos unas condiciones culturales que forjan una lógica estructural de desimbolización en el espacio sociopolítico que recuerdan a la forclusión clínica. En este

nivel, el único equivalente funcional del Nombre del Padre que podría inmunizar al sistema frente al monstruo político es el Otro. Cuando el anclaje vertical de la autoridad se disuelve, sólo queda el anclaje horizontal de la alteridad.

Tal vez deberíamos pensar no tanto en los posibles nombres como en lo que activa los nombres, lo que les saca brillo humano, el pensamiento y la acción de ponerse en el lugar del otro para que tenga una entidad humana. En este sentido la Ley, la ley simbólica, lo que reconduce el caos mortal y el sufrimiento de la alienación de la vida digna y del bienestar mental, se basa en el principio de responsabilidad ética. Este es justamente el principio que desprecia el monstruo político al colocarse en una situación de euforia delirante, de huida hacia adelante, de excepción permanente, de goce, de impunidad y de humillación. El monstruo político es indiferente al dolor ajeno. Siempre habrá un gesto, una palabra, en el que se perciba la sombra de su inhumanidad.

Para que las relaciones en las que se manifiesta el anclaje horizontal sean éticas deben desafiar la reciprocidad y basarse en la asimetría, pero ésta no siempre conlleva responsabilidad. Algunos gobernantes, como Trump, pueden superar con sus políticas económicas y diplomáticas el concepto de reciprocidad desde una posición unilateral y punitiva. Tanto Jesucristo como los dictadores funcionan con una lógica asimétrica. El primero desde el ser-para-el-otro. Los segundos desde el ser -fuera -del -otro. En la relación ética, yo soy el rehén insustituible del otro, como decía Levinas. Para el monstruo político, el otro es mi rehén. "Es terrible tener la vida de otra persona atada a la propia como quien lleva una bomba que no puede soltar sin cometer un crimen", escribió Marcel Proust. Pero para teratócrata tal cosa no es terrible sino divertido, parte del "juego"

No vamos a preguntarnos por la relación que han mantenido los monstruos políticos con sus padres biológicos, pero convendría ser conscientes de los cambios culturales que han experimentado las relaciones familiares en las últimas generaciones. ¿Estamos informados de que la mayor parte de la violencia filio parental, esa que ejercen los hijos contra los padres se da en hogares permisivos más que en hogares autoritarios? ¿Somos conscientes de la socialización en la falta de límites? ¿Es casualidad que el monstruo político actúe como un dictador y se crea un emperador, igual que el catalogado por los psicólogos como niño-emperador,

hijo tirano o dictador? Todo hace entrever que la omnipotencia infantil es un buen caldo de cultivo para la autodivinización política. Al aprender que su deseo no tiene que pasar por el aro de la Ley se potencia la fantasía de invulnerabilidad, se reduce al máximo la sensación de culpabilidad y de responsabilidad.

En la guerra de fronteras por lograr la autonomía, el niño gana la batalla, pero en vez de establecerse como Otro y aceptar el juego social bajo las condiciones de igualdad, sigue luchando, empujando la frontera hasta anular a los padres. Si la madre representaba lo abyecto para el hijo, de acuerdo con *Los poderes del horror* de Kristeva, ahora es al revés. Quien toma tintes amenazantes y monstruosos es el hijo. Este homúnculo puede transformar al ciudadano en ciernes en un político más o menos monstruoso o en un seguidor del mismo.

3. *La construcción social del Monstrum Politicum*

El teratócrata es una piltrafa humana psicológicamente construida con piezas de sacadas de dos desguaces. En primer lugar, del de la historia de los poderosos, ya sean gobernantes o empresarios, megalómanos, psicópatas o cleptócratas, desde César Borgia a Rockefeller, pasando por Mobutu Sese Seko o Idi Amin. En segundo lugar, del de los conceptos: público y privado, anarquía y monarquía, democracia y dictadura, realpolitik y política hiperrideologizada. Dado que estos últimos encarnan ideas contradictorias, la mezcla no puede sino acabar forjando un espíritu monstruoso. En el escenario político, la contradicción se presenta como ambigüedad, una atmósfera que confunde a la ciudadanía que la respira. Una dictadura pura dispara la resistencia, pero una democracia dictatorial la dificulta, al menos al principio. Cuando de ponga en marcha será tarde para muchos. Si el nuevo poder no reconoce deudas simbólicas, entonces tampoco convoca defensas simbólicas.

Hay un extraño nexo entre posmodernidad y psicosis. La primera puede definirse, bien que, de forma simplista, como una etapa histórica en la que las contradicciones se han estirado tanto que amenazan con romperse. Por su parte, la psicosis no elimina la contradicción, sino que la absolutiza. La contradicción agrandada, idealizada, celebrada, lleva inevitablemente a la tragedia. Las contradicciones personales del monstruo político son ondas

expansivas que se extrapolan a otros niveles. En el de los actos políticos, el monstruo puede presentarse como un Superman nacido para salvar a la democracia en el mundo luchando contra la corrupción y deponer gobernantes que no ganaron limpiamente. Pero al mismo tiempo, puede sobreponer a otros que ganan de forma igualmente fraudulenta. Un planeta agonizante pide a gritos cambiar el paradigma occidental de la super-acción por el que se ha regido la modernidad por otro basado en la contención, la acción mínima. Un modelo económico basado en la obsesión por el crecimiento y un modelo social basado en la desigualdad y el estrés piden a gritos reducir el consumo y recuperar estilos y ritmos de vida más humanos y naturales. Y justo en ese momento aparece el monstruo político para estirar la cuerda más que nunca.

En plena modernidad tardía, el monstruo político da un brinco hacia atrás, a la casilla de salida del siglo XVI. Allí se encuentra con el espíritu de Maquiavelo, quien fuera calificado literalmente de *monstrum politicum*. En el espejo de su Príncipe se mira, viendo la figura de un centauro, mitad hombre, mitad bestia. En él vio Gramsci la representación del poder moderno, una mezcla monstruosa de fuerza y consenso, de naturaleza híbrida, racional e irracional

Justo cuando el mundo revisa su pasado androcéntrico para lograr que su mitad femenina viva dignamente, el monstruoso político se encierra en la *machosfera*. Justo cuando el mundo pone en marcha la memoria histórica y revisa la violencia física y simbólica de las recientes prácticas colonialistas y dictatoriales, el monstruo político vuelve a colonizar para extraer recursos naturales. Justo, en fin, cuando el cristianismo se arrepiente de las guerras que propició y de su responsabilidad en la puesta en marcha del capitalismo salvaje, justo entonces, el monstruo político saca brillo a las dos raíces menos compasivas del protestantismo de la historia reciente: el puritanismo monopolista de Rockefeller y la nueva cruzada evangélica americana. El monstruo no concuerda con Weber, no cree que las lógicas evangélica y política sean distintas. El problema es que la mezcla provoca explosiones de largo alcance.

4. *El rastro de la teratocracia*

Si el monstruo político fuera el personaje de un cuadro surrealista, tal vez sería digno de ver y analizar en los museos. Pero el salto del posmodernismo a la posmodernidad, del arte a la política resulta nefasto. Con ese "carácter" nadie sabe lo que hará el monstruo mañana. La humanidad va de sobresalto en sobresalto. Durante el reinado de los monstruos no hay paz. Puede que si ponemos la televisión para ver las noticias al final del día dudemos si nos hemos equivocado al apretar el botón del mando. Tal vez estamos viendo una serie distópica de Netflix. La frontera entre la realidad y la ficción, entre el séptimo arte y la política, se difuminan. Tal vez la Teratocracia está logrando llevar la realidad mixta a un nuevo y definitivo nivel en el que no hacen falta gafas especiales.

El monstruo político no irrumpe desde fuera del orden social; emerge cuando las fronteras simbólicas se erosionan y los mecanismos que regulaban el exceso pierden su fuerza vinculante. En tales condiciones, puede identificarse con relativa certeza un resultado: la producción de daño. El desorden generado por el poder teratocrático no es solo institucional o normativo, sino existencial. Las vidas se vuelven más precarias, más expuestas e intercambiables. La política, transformada en un juego de reglas móviles y espectáculo afectivo, produce víctimas reales que no participan en la *performance* pero soportan sus consecuencias.

Las dinámicas teratocráticas tienden a dejar tras de sí un paisaje simbólico erosionado. Incluso cuando actores concretos abandonan la escena política, el daño infligido al lenguaje, la confianza, la legitimidad y las fronteras morales no se repara automáticamente. Los procesos de negación, normalización y neutralización moral suelen persistir más allá de liderazgos individuales, reconfigurando expectativas colectivas y umbrales de tolerancia.

Uno de los riesgos más significativos asociados a la teratocracia no es su exceso espectacular, sino la posibilidad de habituación. Cuando el shock se vuelve rutinario y la transgresión pierde su capacidad de escandalizar, la gravedad del vínculo humano se debilita. En estas condiciones, la erosión de los límites simbólicos deja de experimentarse como crisis y se normaliza como ruido de fondo, alterando la economía moral del control social.

La palabra ‘abyecto’ tiene dos significados aparentemente opuestos: despreciable, vil, y humillado. Puede que el destino del monstruo político es pasar de uno al otro, reconciliar el espíritu de la contradicción sin poder salir de la abyección.

© Fernando Gil Villa

Referencias bibliográficas

- Bauman, Zygmunt. *Modernity and the Holocaust*. London: Polity Press.
- Cohen, Jeffrey Jerome. *Monster Theory: Reading Culture*. University of Minnesota Press, 1996.
- Garrido, Vicente. *Los hijos tiranos. El síndrome del emperador*. Ariel, 2011.
- Gerez Ambertín, Marta. (2009). *Entre deudas y culpas. Sacrificios*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Gil Villa, Fernando. *Hacia un humanismo poético. Repensando a Levinas en el siglo XXI*. Riopiedras, 2021.
- Gramsci, Antonio. *Selections from the Prison Notebooks*. Edited and translated by Quintin Hoare and Geoffrey Nowell Smith, International Publishers, 1971.
- Kristeva, Julia. *Powers of Horror: An Essay on Abjection*. Translated by Leon S. Roudiez, Columbia University Press, 1982.
- Lacan, Jacques. “D’une question préliminaire à tout traitement possible de la psychose.” *Écrits*, Éditions du Seuil, 1966, pp. 531–583.
- Lee, Bandy X., editor. *The Dangerous Case of Donald Trump: 27 Psychiatrists and Mental Health Experts Assess a President*. Thomas Dunne Books, 2017.
- Simmel, Georg. *Sociología 1. Estudio sobre las formas de socialización (La lucha)*. Alianza Editorial, 1986.
- Weber, Max. *El político y el científico*. Alianza, 1981.